

Nueva contribución de la Iglesia al anhelo de una Europa unida

por el Académico de Número
Emmo. Sr. D. MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN (*)

En mi disertación en esta Academia el 21 de enero de 1986 expuse el tema del ecumenismo y la Europa unida. Y el año anterior, hablé de lo que está haciendo la Iglesia hoy en relación con estas aspiraciones que van convirtiéndose en realidad cada vez más lograda, aunque estemos tan lejos todavía de poder complacernos en ella.

Me ha parecido conveniente continuar la reflexión, porque puede alimentarse con nuevos datos que pienso merecen ser conocidos por hombres tan distinguidos como Vds.

I. JUAN PABLO II Y EUROPA

En su labor incansable, más aún, asombrosa, está llamando a la conciencia de Europa con una insistencia apostólica conmovedora. En los discursos sobre el tema en diversos lugares y momentos, aparecen con frecuencia estas ideas:

- 1.º Necesaria solidaridad entre las naciones del continente europeo.
- 2.º Primacía del derecho que permita expresar y defender la igual dignidad de pueblos y personas.
- 3.º Promoción de valores comunes (una justa ética) para que se ponga a plena luz la verdad del hombre.

(*) Sesión del martes 22 de mayo de 1990.

4.º La finalidad de la vida económica debe procurar a todos los hombres los medios de desarrollar su vida en el respeto a su libertad.

5.º Responsabilidad de Europa, continente rico, en las relaciones Norte Sur, en relación con el drama de la pobreza y del hambre.

En Mayo de 1985, con ocasión de su visita a los países del Benelux fue recibido por la Comisión de Comunidades Europeas en Bruselas (Delors, Presidente; P. Flimflin, Presidente del Parlamento Europeo, y Andreotti, Presidente del Consejo de Ministros). En sus discursos señaló de modo singular:

- a) Los orígenes cristianos de la civilización europea.
- b) El descubrimiento del resto del mundo por los europeos que han llevado con ellos su genio y sus fallos.
- c) Los nuevos puntos de vista que se han marcado a la Europa contemporánea que han desembocado en dos guerras mundiales, reveladoras de la crisis humana que atraviesa la humanidad entera...

Habría que tener presentes tres principios que no pueden ser olvidados:

a) Encontrar una más firme cohesión gracias al aporte original de cada uno al servicio de la comunidad.

b) No resignarse jamás a la división de Europa.

c) Abrirse a los otros continentes y desarrollar el sentido de lo universal.

Señaló también tres problemas de importancia máxima, según él:

a) El lugar de la ética de cara a la conciencia moral y espiritual del hombre y volver a dar un ideal a la juventud.

b) La solidaridad que se impone con los países pobres.

c) La acción en favor de la paz.

II. EN ESTRASBURGO, EN 1988

En octubre de 1988 y en respuesta a la invitación recibida de las Instituciones Europeas residentes en la capital de Alsacia, el Papa visita Estrasburgo y habla ante el Consejo de Europa, el Tribunal Europeo de los derechos del hombre y el Parlamento Europeo.

Fueron tres discursos memorables, en el primero de los cuales ante el Consejo Europeo dijo lo siguiente:

«Al día siguiente de la segunda guerra mundial, que tuvo origen en Europa, se volvió a sentir vivamente la necesidad de sobreponerse a los antagonismos entre los pueblos que acababan de enfrentarse. Se puso de manifiesto la voluntad de hacerse solidarios los beligerantes de ayer e institucionalizar su cooperación.

No puedo olvidar que en medio de la tormenta la voz del Papa Pío XII se había elevado para proclamar la 'dignidad inviolable del hombre', 'la verdadera libertad del hombre' (Radiomensaje de Navidad de 1944).

Conviene rendir homenaje a los hombres clarividentes que han sabido reunirse, por encima de sus fronteras, y sobreponerse a las antiguas enemistades para proponer y hacer llegar a término el proyecto de este Consejo, llamado a ser un lugar en donde Europa tome conciencia de sí misma, piense en las tareas que debe asumir en respuesta a las angustias y esperanzas de sus ciudadanos, y emprenda la cooperación necesaria en numerosos y arduos empeños.

Sé que sois fieles a la memoria de los que llamáis los 'Padres de Europa', tales como Monet, Adenauer, de Gasperi, Schuman.

A este último me atrevería a pedirle que me permitiera utilizar la formulación de la intuición central de los fundadores. 'Servir a la humanidad, libre al fin de odio y de temor, vuelve a vivir, tras largos desgarramientos, la fraternidad cristiana».

III. BASILEA, 1989

Aparte de esta acción del Papa en discursos, mensajes, visitas que hace o que recibe, tendentes a acercar posiciones de las Iglesias en Europa, está la otra acción de la Iglesia, de nivel inferior pero no menos eficaz en Facultades teológicas, revistas especializadas, Comisiones episcopales de ecumenismo, reuniones de Conferencias Episcopales europeas. En coherencia con su propia convicción, y como consecuencia de las orientaciones, enseñanzas, y ejemplos del Sumo Pontífice, es toda la Iglesia la que está hoy contribuyendo a lograr una mentalidad de unión y de hermandad en los países europeos haciendo notar que sin el rearme moral de los espíritus, no será suficiente nunca la unión política o económica, y que ésta debe ser un fruto que brote de una conciencia común de fraterna solidaridad. Las generaciones jóvenes están educándose en este espíritu, como se pudo ver el pasado verano en Santiago de Compostela en la Jornada Mundial de la Juventud. No basta la Europa de los mercaderes, sea cual sea la forma que adopten hoy. Son indispensables, pero no basta su presencia ni su acción.

En confirmación de lo que estoy diciendo, debo referirme a un acontecimiento eclesial de dimensión europea que ha tenido lugar en los días 15 al 21 de mayo de 1989. Ha sido la Asamblea ecuménica de Basilea a la que han asistido como delegados de las distintas Iglesias de Europa setecientas personas. Ha sido el primer encuentro, desde la separación del siglo XVI, en que se han dado cita todas las Iglesias cristianas para organizarlo y celebrarlo en un clima de profunda reflexión y de ardiente plegaria.

«La novedad de Basilea consiste en que, por primera vez en la historia de las separaciones desde 1517, o mejor desde el Concilio de Basilea-Ferrara-Florenia (1431-1439), los católicos han participado,

a partes iguales, con hermanos de otras confesiones cristianas en la organización y desarrollo de la Asamblea. Todos han asumido y compartido las mismas responsabilidades. Los responsables de la organización han sido la Conferencia de Iglesias Europeas (CIE), organismo que en la actualidad preside el Metropolitano Alexis de Leningrado y en el que se hallan representadas las Iglesias Protestantes y Ortodoxas de Europa, y el Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa (CC.EE.), que representa a la Iglesia Católica de unos 25 países europeos y que preside en el momento actual el Cardenal Martini, de Milán. La CIE y el CC.EE. tienen sus reuniones conjuntas con cierta periodicidad. Participa en ellas un grupo reducido de personas con responsabilidad en la marcha de las Iglesias. Han tenido encuentros en Chantilly (1978), Logunklöster (1981), Riva di Garda (1984) y Erfurt (1988).

Han presidido la Asamblea, por la Conferencia de Iglesias Europeas del Consejo Ecuménico de las Iglesias el Metropolitano Alexis de Leningrado y por el Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa (CC.EE.) el Cardenal Martini, de Milán.

Las cuestiones sobre las que han deliberado bajo el nombre común «Paz con justicia», han sido los derechos humanos, la convivencia internacional, el medio ambiente, el respeto a la creación, los peligros nucleares, las manipulaciones genéticas. Ha sido una Asamblea ecuménica de primer orden, por lo que a Europa se refiere, con presencia desde Finlandia hasta Creta, desde los Urales hasta el Finisterre. Basilea reunía a las tres grandes etnias de Europa: latina, anglosajona y eslavos.

Si se dice que no sólo la Iglesia católica sino también las otras buscan la Europa unida, hay que decir que así es. Es el espíritu cristiano, no sólo católico.

En el Documento final, los delegados, contemplando el pasado de Europa, escriben:

«La historia de Europa es una historia de grandes realizaciones culturales y científicas, y del desarrollo de valores humanos fundamentales, así como de sabiduría y experiencias espirituales. Al mismo tiempo, es una historia de violencia endémica, tanto en nuestro propio continente como en el resto del mundo. Para muchos pueblos de la Tierra esta parte relativamente pequeña del mundo que llamamos Europa no es sinónimo de búsqueda de la dignidad humana, de la libertad o de la justicia social, sino de expansión colonial, racismo, discriminación, explotación económica, dominación cultural e irresponsabilidad ecológica».

«Además las dos guerras mundiales fueron desencadenadas por Europa a lo largo de este siglo. En este año 1989 especialmente, cin-

cuenta años después de la Segunda Guerra Mundial, recordamos la muerte, el sufrimiento, el dolor, los crímenes y la destrucción que provocó esta guerra» (n.º 47).

«Los constructores de la *casa común europea*, la cual debe extenderse desde los Urales a Finisterre y desde Finlandia hasta Creta, tienen, como todos los arquitectos, unos planes concretos para su construcción. De ellos se habla en los números 66-68:

En una casa común también las responsabilidades lo son. No es aceptable que haya partes deterioradas mientras otras brillan de lujo. En una casa común es el espíritu de cooperación, y no el de confrontación, quien dirige la vida. Es preciso subrayar también que la expresión de una casa común europea implica el cuestionamiento de todos los muros, barreras y zanjas que hacen imposible la comunicación» (n.º 66).

«Esta imagen expresa el hecho de que debemos aprender a vivir con un gran número de personas en un continente que es pequeño. El espacio es limitado, y escasean los recursos. Es preciso, por ello, establecer un «reglamento de la casa» para que la vida en común sea posible. Un reglamento semejante debería incluir:

— el principio de igualdad para todos cuantos vivan en ella, sean fuertes o débiles.

— El reconocimiento de valores tales como la libertad, la justicia, la tolerancia, la solidaridad, la participación.

— Una actitud positiva hacia los fieles de otras religiones, culturas o concepciones del mundo.

— Puertas abiertas, ventanas abiertas. En otras palabras: muchos contactos personales, intercambio de ideas.

— Resolver los conflictos no por la violencia sino por el diálogo» (n.º 67).

«La casa europea debería ser una «casa abierta», un lugar de refugio y protección, un espacio de bienvenida y de hospitalidad, en que los invitados no sufran discriminación alguna sino que sean tratados como de la familia. En esa casa nadie debería tener miedo a decir la verdad. Los que viven en el interior de la casa europea deberían trabajar contra las desigualdades entre ricos y pobres de Europa, contra la división entre el Norte y el Sur de Europa, contra el trato discriminatorio para los extranjeros, contra la injusticia que supone el desempleo masivo, contra la indiferencia respecto a los jóvenes y el abandono de los viejos. «El pan nuestro de cada día» debería ser equitativamente repartido entre todos» (n.º 68).

IV. EL PAPA Y LOS CAMBIOS POLÍTICOS EN LA EUROPA DEL ESTE

Deseo referirme ahora a la influencia positiva del Papa Juan Pablo II en los cambios que se han producido en Centro Europa y más allá, en Rusia, la Europa del Este. Al desaparecer, al menos en su actitud de combativa rivalidad y agresivo enfrentamiento, el sistema político de los países europeos del Este, se ha dado un gran paso hacia la meta de una Europa que podrá más fácilmente permanecer unida en una forma o en otra.

No podemos olvidar que la acción de la Santa Sede se ejerce incansablemente a través de mil medios distintos. El Papa no ha intentado derribar nada, sino construir algo nuevo allí donde todo parecía oscuro y tenebroso para la acción del espíritu.

El ha tenido conciencia de que su elección para el Pontificado de una Iglesia, universal por su naturaleza, reclamaba de su misión de Pastor de la cristiandad una atención a esos países, que por su condición de eslavo, más concretamente hijo de Polonia, podía prestar mejor que otros Pontífices de origen latino. Aquí ha jugado su papel la providencia de Dios. No han podido impedirle viajar a Polonia, a su patria, y por aquí empezó todo. El pueblo polaco, merced a los viajes del Papa, y a la predicación de éste, empezó a tener confianza y a perder el miedo. Se sabe que ha habido uno o dos momentos en que estuvo a punto de producirse una insurrección del pueblo, y el Papa lo ha impedido. El ha aconsejado siempre paz y diálogo, no violencia que hubiera dado lugar a una represión sangrienta. Sus discursos sobre la dignidad humana, la libertad, los derechos de los hombres, la solidaridad de las clases sociales y de los pueblos, y sobre la realidad y la significación de Dios en la vida, sobre Cristo y la Iglesia, han tenido influencia en Rusia y en los demás países del Pacto de Varsovia.

A Rusia le era muy difícil ya seguir teniendo sometida a Polonia, país en que por primera vez era la masa obrera, católica en su mayoría, la que se rebelaba contra el imperialismo soviético. A esto se ha unido naturalmente la crisis económica de Rusia y de los demás países y la imposibilidad de seguir por un camino de competitividad con Estados Unidos en la carrera de armamentos. Todo esto es lo que ha permitido el cambio cuando Gorbachow pasa a presidir los destinos del pueblo ruso. El 1 de diciembre de 1989 visitó éste al Santo Padre. Inconcebible visita si se piensa en la Rusia de Stalin, del museo del ateísmo de Leningrado, de la persecución tan dura contra el hecho religioso durante años y años. Ahora Gorbachow venía a saludar al Papa y a pedir ayuda para su perestroika.

El 22 de diciembre de 1989, en su discurso a los Cardenales y Curia Romana, importantísimo, el Papa habló de la *común casa europea*, con una *habitación apropiada* para cada nación; de la vocación de los pueblos de Europa a una mayor unidad; de los dos pulmones, oriente y occidente, sin los cuales Europa no puede respirar; de la nueva era que despunta en una Europa sin fronteras «que

no reniegue de las raíces cristianas que la han originado», de los contactos que ha mantenido durante el año con el Patriarca de Moscú, etc. (Ecclesia 6-13 marzo 1990).

Después, en el discurso que pronunció ante el Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede el 13 de enero de 1990, insiste en las mismas ideas y pide que los países del Oeste de Europa ayuden a los del Este (muy hermoso, pág. 21, Ecclesia 3 febrero 1990).

Por último, citaré, para no hacerme interminable, los discursos pronunciados en Checoslovaquia durante su viaje relámpago de 21 y 22 de abril último. Fue recibido por el Presidente actual Vaclar Haveel, intelectual perseguido por el régimen anterior el cual, en sus palabras de saludo, resumió así la emoción de millones de checoslovacos: «No sé, si sé, qué es un milagro: Esto no obstante, me atrevo a decir que en este momento, estoy tomando parte en un milagro»... «A un país devastado por la ideología del odio, llega el mensajero de la paz; a un país devastado por el gobierno de los ignorantes, llega el vivo símbolo de la sabiduría...» (Ecclesia p. 22, n.º 28 de abril 1990).

Al dirigirse a toda la nación y más allá de sus fronteras a toda la Europa central y oriental, dijo, entre otras, estas palabras:

«La Europa unida no es solamente un sueño, no es un recuerdo utópico en la Edad Media. El proceso no puede ser sólo un acontecimiento político y económico; tiene también una profunda dimensión cultural, espiritual y moral» (Ecclesia ib. p. 23).

El viaje terminó anunciando que piensa convocar un Sínodo de Obispos para Europa, nuevo esfuerzo que se unirá a los muchos que viene realizando en favor de ese gran ideal de la Europa unida. (Ecclesia pág. 23, n.º 5 de mayo de 1990).

V. QUÉ EUROPA

De qué Europa hablan el Papa y las Iglesias cristianas de hoy. A modo de conclusión y resumiendo mucho, creo que de los centenares de discursos del Papa y de sus acciones pastorales se desprenden las siguientes afirmaciones globales:

1.º Aboga decididamente por una Europa unida, y alienta a todos a vencer dificultades hasta lograrlo.

2.º No habla de si una Europa de las patrias o de las regiones o de ámbito supranacional, ni se pronuncia sobre cuestiones concretas como las de una moneda única, tribunales comunes para todos, regulación de los ejércitos, etc. Esto no pertenece a su misión.

Pero más bien da a entender que piensa en una Europa de las patrias unidas

por el espíritu y ciertas leyes y en que se dé vigencia a las raíces cristianas. De hecho, habló de casa común con habitaciones propias para cada pueblo. (Discurso de Navidad a la Curia Romana, diciembre 1989).

3.º Se ha referido muchas veces a la Europa eslava para hacernos entender a los occidentales y estimar mejor sus valores y su historia, pero siempre poniendo el acento en la búsqueda de una mayor unidad. Así ha dedicado documentos especiales a Lituania y al 800 aniversario de su bautismo; a los Santos Cirilo y Metodio declarándoles Patronos de Europa como a San Benito y también a San Adalberto. En este viaje pastoral a Checoslovaquia, ha manifestado con más énfasis y aún alegría que nunca su condición de eslavo.

4.º Ha mantenido contactos con Rusia, con personas e instituciones, a través de Polonia sobre todo, y en alguna ocasión con el envío de una solemne y muy significativa legación en 1988 con motivo del milenario del cristianismo en Rusia. De ese modo ha ido facilitando el camino para un mejor entendimiento.

5.º Ha advertido continuamente que una Europa que se preocupe solamente del bienestar material de sus ciudadanos no puede resolver los graves problemas que atormentan a los hombres y mujeres de nuestro tiempo. El materialismo no es creativo, sino que asfixia y mata, ha venido a decir de muchas maneras. Hombres ilustres de diversas naciones de Europa también dicen lo mismo, y no consideran del todo rechazable la frase de Malraux: Para qué sirve ir a la luna, si es para suicidarse allí?

Pero es el Papa, naturalmente, el que habla con más vigor que nadie de las raíces cristianas de Europa, de su alma, de la necesidad de mantener encendida la luz de la fe. Lo ha proclamado así, tratando de que los católicos de hoy y en general los hombres de buena voluntad admitan como norma rectora de sus pensamientos y sus afanes culturales y políticos, en Guiezo, cuna del catolicismo polaco, (3 de junio de 1979), en la Unesco (junio de 1980), en Monte Subiaco, hontanar del monaquismo occidental (28 de diciembre de 1980); en la Carta Apostólica sobre los Santos Cirilo y Metodio (31 de diciembre de 1980); en su alocución sobre las raíces cristianas comunes a las naciones europeas (6 de noviembre de 1981); en su alocución al Consejo de las Conferencias Episcopales Europeas (Roma 5 de octubre de 1982); en Compostela, visita a España (octubre de 1982) y en discursos posteriores que he tenido en cuenta al redactar esta disertación.